

Revista de PSICOANALISIS

Editora en castellano
del Boletín de la A.P.I.

Publicación bimestral
de la Asociación Psicoanalítica Argentina,
filial de la A.P.I.

Separata

Tomo XL

1983

nº 1



Reviews of BIBLIANA OBOC

Journal of
the American

Library Association
and the American
Library Association

1988

Volume 15

1988

1988



* La represión a la luz de la teoría de las relaciones objetales

** Warren Kinston y Jonathan Cohen (Londres)

Introducción

La permanente búsqueda de explicaciones psicoanalíticas que puedan contribuir al tratamiento de todo el espectro de trastornos psicopatológicos ha llevado a muchos autores modernos a los ámbitos de las relaciones de objeto primerísimas y parciales, del desarrollo del sí-mismo o *self* y del mundo de las representaciones. Dentro de esta evolución parecería a veces que las ideas de la teoría clásica son, o deberían ser, superadas. Y esta tendencia se exagera por la falta de elaboración de muchos conceptos fundamentales de la teoría clásica en términos de sus más tempranas raíces infantiles.

Uno de esos conceptos es el de represión. La teoría de la represión se considera central para el trabajo clínico e íntimamente entrelazada con otros conceptos y modelos psicoanalíticos. Según Freud, es "el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis" (1914, p. 16 [15; 1985 ***]). Sin embargo, muchos fenómenos clínicos de la neurosis, así como de otras afecciones más severas, como los estados narcisistas y fronterizos, parecen poner en tela de juicio los conceptos de represión que habitualmente se sostienen. A veces se argumenta que en tales estados el funcionamiento psíquico es

* Título original: "Repression in the light of object-relations theory".

** Direcciones: Dr. W. Kinston, Brunel Institute, Brunel University, Uxbridge, Middlesex, England.

*** Los números entre corchetes remiten a las ediciones catellanas de A. E. y B. N. (1972). (N. de R.)

harto primitivo o muy deficientemente estructurado como para entenderlo, clínica o teóricamente, en función de la represión (Freud, 1920; Ferenczi y Rank, 1925; Alexander, 1946; Balint, 1936, 1968; Klein, 1946, 1948; Gedo, 1979; Gedo y Goldberg, 1973; Kohut, 1977; Kubie, 1953, 1958; Marmor, 1962, 1968; Winnicott, 1960b). No obstante, hay escaso consenso en cuanto a la mejor manera de describir y manejar analíticamente dicho funcionamiento.

Parece oportuno, pues, efectuar una revisión de la teoría de la represión. ¿Qué nos dice sobre la índole y los mecanismos de la represión? ¿A qué clase de fenómenos se aplica y qué otros excluye? ¿Es una teoría bien desarrollada y congruente, en particular con respecto a las tempranas vivencias traumáticas? ¿Es una proposición universal sobre las operaciones anímicas? El propósito de este artículo es examinar la teoría a la luz de estos interrogantes y proponer modificaciones que aumenten su grado de generalidad y su utilidad clínica.

¿Una teoría de aplicación universal o limitada?

De los escritos de Freud no se infiere con claridad si las propuestas de la teoría de la represión pretendían ser enunciados sobre el funcionamiento anímico aplicables a todos los individuos o limitados a cierta categoría de personas.

En su *Esquema del psicoanálisis**, Freud estableció que "el mantenimiento de ciertas resistencias internas [frente al material inconsciente] es una condición de la normalidad" (1938, p. 161 [158; 3389]); y al describir el desarrollo normal dijo que "a este último sector del ello lo llamamos, por miramiento a su génesis, lo reprimido" (1938, p. 163 [161; 3390]). Madison (1961) documentó las numerosas aseveraciones de Freud que indican que para él el concepto de represión era sinónimo de defensa, y por ende un aspecto universal del funcionamiento normal y patológico. En cuanto al período de la vida en que la represión comienza universalmente a operar, muchas formulaciones describen su inicio en la temprana infancia, en momentos de inevitable frustración pulsional o peligro (1900, p. 604 [597; 717]; 1915b, p. 182 [179; 2072]).

En contraste con esto, Freud escribió también que "[...] la represión no se produce, por cierto, en casos en que se eleva hasta un grado intolerable la tensión generada por la falta de satisfacción de una emoción pulsional"; y en otro enunciado importante, que restringe la universalidad del fenómeno, sostuvo que "la represión [...] no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad consciente y actividad inconsciente del alma" (1915a, p. 147 [142; 2054]), aunque no aclaró en qué momento ocurre esa separación. Pero en un artículo complementario del anterior sugirió que "una divi-

* *Compendio de psicoanálisis* en la versión de B. N. (N. de R.)

sión tajante y definitiva del contenido de los dos sistemas no se establece, por lo general, hasta la pubertad" (1915b, S. E. p. 195 [192; 2079]). Estas cláusulas dejan en pie la duda acerca de si Freud a] suponía que la represión se limitaba a cierta fase del ciclo vital, y b] pensaba que estaba excluida de aquellas afecciones no caracterizadas por una separación suficientemente nítida entre lo consciente y lo inconsciente (refiriéndose, posiblemente, a la psicosis).

Al reexaminar y desarrollar la teoría de la represión, uno debe decidir si, como hipótesis, ha de restringir su aplicabilidad de diversas maneras, o si la ha de formular a fin de que sirva como proposición universal. La primera opción es más sencilla, y su aceptación zanjaría gran parte de las polémicas teóricas actuales dejando libre el campo para la formación de teorías suplementarias basadas en fenómenos que sobrepasan el alcance de la transferencia clásica. Tal el camino que eligieron, por ejemplo, Kohut (1971, 1977), Kernberg (1966, 1975), y Gedo y Goldberg (1973). Pero este camino es demasiado prolijo, menos satisfactorio desde el punto de vista científico, y parece estar en pugna con el tenor de las concepciones freudianas sobre la represión. A despecho de las citas anteriores, Freud parecía considerar a ésta un mecanismo universal. Laplanche y Pontalis llegan a la conclusión de que para Freud la represión era "un proceso psíquico universal, en cuanto se hallaría en el origen de la constitución de lo inconsciente" (Laplanche y Pontalis, 1967, p. 391). En la aceptación de una gama limitada de aplicabilidad debe verse, pues, una modificación, en sí misma polémica, de un concepto psicoanalítico fundamental. Pero también es problemática la otra alternativa, la aplicabilidad universal. Si optamos por ella, debemos estar preparados para los desafíos que planteará a la teoría toda la gama de fenómenos observables, y confiar en que mantendrá su coherencia y congruencia.

Nuestra primera tarea consiste en repasar en sus detalles la doctrina de la represión de Freud y examinar brevemente el destino que ha tenido en manos de quienes después se ocuparon de ella. En el curso de esta argumentación se tornará evidente que nosotros nos inclinamos por el desarrollo de una teoría de aplicación universal.

Repaso de la teoría de la represión

La represión a partir de Freud

Un examen del Índice Psicoanalítico de Chicago nos revela la existencia de varios centenares de artículos sobre la represión y sólo un pequeño número que se ocupa de la represión primordial [*primal repression*]. Una característica llamativa de esta bibliografía es que se suscribe acriticamente uno u otro aspecto de las concepciones

freudianas en esta materia, al par que se eluden los ricos problemas teóricos y formulaciones contradictorias que él nos legó. Por ejemplo, ni Fenichel (1946), ni Anna Freud (1966, 1968), ni Nagera (1969-70) examinan el concepto freudiano de represión primordial, que es un componente decisivo de la teoría.

Autores psicoanalíticos de todas las escuelas, incluidos algunos que rechazan porciones sustanciales de la obra de Freud, parecen aceptar la idea de represión considerándola útil, necesaria o demostrada, y hasta un hecho de observación. Marmor (1968), verbigracia, rechaza la teoría de los instintos [*instincts*], el modelo del Yo-Ello-Superyó y la noción de energía psíquica como entorpecedores y perimidos, pero a la represión, junto con el conflicto y la transferencia, los considera los cimientos de toda teoría psicopatológica. Un solo autor llamó la atención acerca de este extraordinario estado de cosas, y sugirió que "*los revisionistas la dejaron sólo a ella [la represión], porque no podían verla con claridad suficiente como para procurar su refinamiento o desarrollo*" (Madison, 1956, p. 76).

En la obra de Freud seguimos encontrando, pues, la enunciación más completa, penetrante y autocrítica de la teoría en toda la literatura. Esta conclusión justifica que, en la reseña que sigue, nos ocupemos principalmente de Freud.

La naturaleza de la represión

Freud define la naturaleza de la represión en los párrafos iniciales de dos trabajos de 1915. Dice que es el estado de un impulso [*impulse*] (1915a, p. 146 [141; 2053]) y el desenlace de un proceso por el cual se impide que devenga consciente "*una representación representante de la pulsión*" (1915b, 166 [161; 2061]). Hizo varios intentos de discriminar de la manera más útil lo que es reprimido de lo que no lo es; a partir de tales intentos es posible distinguir diversas hipótesis empleadas por él para explicar el proceso de la represión.

Una temprana idea fue la hipótesis tópica o del doble registro (1887-1902, pp. 179-80 [275-6; 3553]; 1900, p. 539 [532; 673], 610 [598; 713]). Correspondía a la observación de que el devenir consciente de un cierto material implicaba presentar al paciente una representación auditiva de la idea inconsciente inferida, tratando luego de que esa idea consciente se conectase con la huella mnémica inconsciente. Esta hipótesis dejó insatisfecho a Freud, pues ella no daba cuenta del hecho usual de que suministrando meramente una representación-palabra no se avanzaba mucho para establecer dicha conexión, y por ende para cancelar la represión (1913, p. 142 [142; 1673]). La reemplazó por una hipótesis más compleja, según la cual la transposición de una huella mnémica del inconsciente a la consciencia implicaba un cambio en su

estado o en su forma. Esta idea más compleja introdujo una perspectiva evolutiva.

La segunda hipótesis a que hacemos referencia fue presentada de la manera siguiente. Aludiendo al paciente que ha escuchado la interpretación presumiblemente correcta del analista, Freud escribe: "[...] como con certeza sabemos, él lleva en su interior (y en la forma que antes tuvo) el recuerdo inconsciente de lo vivenciado" (1915b, p. 175 [171; 2067]). Señala más adelante que "la identidad entre la comunicación y el recuerdo reprimido del paciente no es sino aparente. El haber oído y el haber vivenciado son, por su naturaleza psicológica, dos cosas por entero diversas, por más que posean idéntico contenido" (p. 176 [171-2; 2067]). En esta hipótesis se subraya la diferencia entre la forma de registro de una vivencia tal cual aconteció, y la forma de las posteriores descripciones verbales de ella. La llamaremos "hipótesis de la forma".

La hipótesis de la forma refleja el axioma clínico de que las interpretaciones de impulsos y recuerdos reprimidos sólo tienen sentido cognitivo-emocional cuando son resultado de un proceso por el cual elementos de la vivencia original se hallan actualmente vivos en la transferencia. Paciente y analista deben establecer una manera de referirse a la vivencia original y construir expresiones verbales de esa vivencia que ellos sientan correctas: en esto consiste la tarea de superar la represión. Por consiguiente, la reelaboración [*working through*] no es una simple remoción de barreras que impiden el acceso a la consciencia, sino que implica la reviviscencia y la formulación, o reformulación, de las vivencias en el contexto de la relación entre paciente y analista.

En sus trabajos de 1915 Freud no desarrolló la hipótesis de la forma, sino que examinó más bien la idea de que el cambio de estado entre consciencia e inconsciente estaba determinado por desplazamientos de investiduras. "Ha de tratarse de una **sustracción de investidura**", dice (la negrita le pertenece). "Hay sustracción de la investidura preconsciente, conservación de la investidura inconsciente o sustitución de la investidura preconsciente por la inconsciente" (1915b, p. 180 [177; 2069]). Con respecto a la esquizofrenia, vacilaba sobre "si el proceso que en este caso hemos llamado represión tiene todavía algo en común con la represión de las neurosis de transferencia" (1915b, p. 203 [199; 2082]). Creía, empero, que una teoría completa exigía descubrir los caracteres comunes, y encontró sumamente conveniente el modelo de la investidura. Vale decir, el lenguaje de los esquizofrénicos, semejante al proceso primario, aparecía como prueba de que en la psicosis había desplazamientos de investiduras que daban por resultado la disociación de representaciones-objeto complejas en representaciones-palabra y representaciones-cosa.

Freud empleó el concepto de investidura como conveniente metáfora económica, pero ella abarcaba una variedad de ideas heterogéneas y en ningún lugar suministró una definición teórica rigurosa (Laplanche y Leclaire, 1961). Así pues, toda hipótesis basada en la investidura es sospechosa. Por añadidura, Freud pareció darse cuenta de que la hipótesis de la investidura para explicar la represión no estaba sustentada por la experiencia clínica. Por ejemplo, se percató de que *"la condición de consciente [...] por nada del mundo es idónea para distinguir entre los sistemas"*, porque *"mucho de lo que participa de las propiedades del sistema Prc no deviene consciente"* (1915b, p. 192 [189; 2075]). Esta insatisfacción contribuyó a que Freud hiciera un avance teórico fundamental, el desarrollo del modelo estructural de la psique; pero no abandonó explícitamente la hipótesis de la investidura para la represión, ni retornó a la hipótesis de la forma. En su último resumen teórico reiteró su insatisfacción con esta situación: *"¿en qué consiste la naturaleza genuina del estado que se denuncia en el interior del ello por la cualidad de lo inconsciente, y en el interior del yo por la de lo preconsciente? [...] Sobre eso nada sabemos"* (1938, p. 163 [161]).

Sinteticemos los dos enfoques principales sobre la naturaleza de la represión, y por lo tanto, sobre la vivencia inconsciente: 1] una hipótesis de la investidura sostiene que la represión es determinada por la sustracción de investidura preconsciente de las representaciones de objeto, con la disociación resultante de la representación-palabra y la representación-cosa; 2] una hipótesis de la forma sostiene que la represión es determinada por la imposibilidad de que la vivencia acceda a la descripción verbal. La primera hipótesis corresponde al modelo tópico de la psique y, como ya indicamos, es profundamente insatisfactoria; la segunda combina elementos de los modelos tópico y estructural y establece un nexo con el pensamiento psicoanalítico moderno. Parece sensato, entonces, tomar como base para una revisión de la teoría de la represión esta hipótesis de la forma. Antes de emprender dicha tarea, repasaremos sucintamente el mecanismo de la represión.

El mecanismo de la represión

Freud sostenía que la represión que encontramos en nuestra labor clínica cotidiana con neuróticos, la *represión propiamente dicha*, es un fenómeno secundario que depende del acontecer previo de una *represión primordial* de pensamientos, imágenes o recuerdos ligados a un instinto [*instinct*]. Formula esta hipótesis así: *"Tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión, que consiste en que a la agencia representante psíquica [agencia representante-representación] de la pulsión se le deniega admisión en lo*

conciente. Así se establece una fijación: a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella. [...] La segunda etapa de la represión, la **represión propiamente dicha**, recae sobre retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella" (1915a, p. 148 [143; 2054]) (las negritas son de Freud). Estas formulaciones plantean interrogantes en cuanto al modo en que opera la represión y cómo sobreviene en el curso del desarrollo psíquico. Para algunos autores esta cuestión es trivial. Brenner (1957), por ejemplo, afirma que no hay diferencia entre la represión primordial y la represión propiamente dicha, y que "el mecanismo de las más tempranas represiones infantiles es idéntico al de las posteriores, o sea el establecimiento de una contrainvestidura por parte del Yo" (p. 44). Estas descripciones, además de soslayar las distinciones que hizo Freud, no nos elucidan en forma significativa lo que realmente ocurre en la mente del niño.

Si la represión propiamente dicha es diferente de la represión primordial y depende de ésta desde el punto de vista lógico y evolutivo, cualquier teoría cabal de la represión tendría que otorgar un sitio prominente al concepto de represión primordial. Siendo así, sería presumible que contásemos con hipótesis claramente enunciadas sobre la índole y el mecanismo de la represión primordial; pero no las tenemos. Freud sostuvo distintas concepciones sobre esta cuestión en diferentes épocas, y a partir de él no ha habido acuerdo en cuanto a la significación del concepto. Como apuntaban Frank y Muslin en una revista anterior del tema: "[...] su significación ha quedado desdibujada, los límites y definiciones son ambiguos, la importancia de la cuestión es motivo de debate" (1967, p. 55).

Estos autores rastrearon el desarrollo de la noción de represión primordial en el pensamiento de Freud, y diferenciaron un concepto primitivo de "represión primordial pasiva" (circa 1900), de otro posterior, el de "represión primordial defensiva activa" (circa 1920-1926). La primera hipótesis establecía que la represión primordial carece de motivación y es el resultado del desarrollo relativamente tardío del proceso secundario en el hombre. De acuerdo con este esquema, los primerísimos retoños pulsionales [*drive derivatives*] constituyen un reservorio de impulsos [*urges*], a algunos de los cuales el niño en desarrollo no logra representar en palabras. Más tarde éstos se convierten en el núcleo del inconsciente. La segunda hipótesis de Freud equiparaba la represión primordial a la ruptura de la barrera contra los estímulos como consecuencia de excitación y traumas excesivos. Se consideraba que ésta era la defensa patológica prototípica.

Enunciemos brevemente los problemas que presentan estas dos hipótesis. La noción de que la represión primordial es inherente al desa-

rollo normal no explica por qué algunos niños tienen fijaciones particulares y otros no, ni por qué la neurosis, psicosis y otros trastornos se producen en la vida posterior de una persona y no de otra. Tal vez el retraso del desarrollo del lenguaje sea una condición necesaria para la represión, pero no puede ser condición suficiente. La hipótesis referida a la barrera antiestímulos se basa en la energía psíquica y padece de las deficiencias de las teorías de la investidura, ya mencionadas. Resulta insatisfactoria porque no puede traducírsela adecuadamente en formas descriptivas que se relacionen con la experiencia observable.

En la revisión que sigue, intentaremos primero desarrollar la hipótesis de la forma de Freud, para así abordar la cuestión de la represión primordial, y luego pasaremos a considerar la represión propiamente dicha (pos-represión).*

Represión primordial y estructura psíquica

Mediación ambiental y represión intrapsíquica

Cuando nos referimos a la hipótesis de la forma, vimos que la teoría de la represión deja sin respuesta la siguiente cuestión: ¿la ideación reprimida se organiza en un plano verbal o verbalizable, o sólo recibe esa forma en el proceso de ser interpretada? Ahora bien: aunque los impulsos [*impulses*], pulsiones [*drives*] o necesidades del niño pequeño no puedan ser representados en pensamientos, parecería inherente a la índole de la salud mental que sus vivencias interiores se desenvuelvan de un modo que permita progresivamente, a medida que crece, transformaciones más complejas.

Mucha labor se precisa aún para generar una conceptualización satisfactoria del crecimiento y desarrollo de la vivencia interior, y de los obstáculos que se oponen a este proceso. Para este artículo nos hemos apoyado en las investigaciones de Mahler, Spitz, Winnicott, Bion, Kohut, Kernberg, Lichtenstein y otros autores, quienes asignan al ambiente un importante y circunstanciado papel en la conformación y definición de los instintos de un niño. Ellos nos han permitido ver que las vivencias interiores son expresiones más o menos estables de las interacciones producidas entre los instintos o necesidades y las oportunidades que tuvieron para su satisfacción.

Al dejar de lado el aporte del medio ambiente, Freud se vio en dificultades: *"La posibilidad de una represión no es fácil de deducir en*

* Freud empleó el término "*Nachdrängung*" en sus artículos "La represión" (1915b) y "Lo inconciente" (1915c); en la versión castellana que hemos venido citando, esta palabra se tradujo como "esfuerzo de dar caza". Al retomar el tema en "Análisis terminable e interminable" (1937c), SE, vol. 23, pág. 227 [230], utilizó, empero, "*Nachverdrängung*", traducido en castellano como "pos-represión". [N. del T.]

la teoría", escribió. "*¿Por qué una moción pulsional habría de ser víctima de semejante destino? Para ello, evidentemente, debe llenarse la condición de que el logro de la meta pulsional depare displacer en lugar de placer. [...] Pero pulsiones así no existen, una satisfacción pulsional es siempre placentera*" (1915a, p. 146 [141; 2053]). Resolveríamos la dificultad de Freud si a esta última cláusula le agregásemos "en caso de que exista un ambiente facilitador".

Si es coherente el agregado que hemos hecho, un examen de la interacción de instinto y ambiente nos permitiría "deducir en la teoría la posibilidad de una represión". El propio Freud admitió que, al menos en otras áreas de interés, la inclusión del ambiente en las formulaciones teóricas era no sólo posible sino necesaria. Siempre definió la unidad básica de la vivencia interior y la unidad microestructural básica de la psique —el deseo— de modo de incluir en ella una representación del ambiente específico del niño (Friedman, 1977a, 1977b). Aducía que la construcción de deseos a partir de necesidades incluía la mediación del ambiente: experiencias repetidas de satisfacción cancelan esa necesidad (1915a, p. 119 [114; 2040]), y se forja una conexión psíquica entre la necesidad y la representación psíquica de la vivencia de satisfacción. Hacia 1900 definió esa conexión como un deseo (1900, pp. 565-6 [557; 690]). Según esta idea, no puede haber una representación psíquica en sí de una necesidad o instinto: toda representación depende de experiencias con el ambiente, que por ende sirven para definir el instinto. Esta concepción conduciría a Freud al modelo estructural, y a estudiosos posteriores, a la teoría de las relaciones objetales.

Dentro de esta línea de pensamiento, el desarrollo intrapsíquico infantil puede entenderse como la creación de necesidades/instintos, tal como han propuesto diversos autores norteamericanos (Kris, 1951; Lichtenstein, 1961; Schur y Ritvo, 1970; Loewald, 1972). Por ejemplo, Loewald declara simplemente: "*Los instintos [...] deben concebirse desde el comienzo como fenómenos relacionales, y no como fuerzas autóctonas que procuran la descarga*" (1972, p. 242). En el Reino Unido se llegó a conclusiones similares sobre el desarrollo de las vivencias tempranas (Winnicott, 1960a, 1960b; Bion, 1962a). Bion, verbigracia, en su teoría del enlace del pensar, sostiene que "*toda conjunción de una pre-concepción con su efectivización produce una concepción.* Por consiguiente, es presumible que las concepciones estarán permanentemente asociadas a una vivencia emocional de satisfacción*" (1962a, pp. 306-7). La noción de pre-concepción de Bion ("*disposición innata que*

* En su artículo (1962a), Bion postula el "pensar" [*thinking*] como un "aparato" para tramitar "pensamientos" [*thoughts*], y clasifica a estos últimos, según su historia evolutiva, en "pre-concepciones", "concepciones" (o "pensamientos proplamente dichos") y "conceptos". [N. del T.]

corresponde a una expectativa", p. 306) guarda correspondencia con la noción de necesidad; por lo tanto, su teoría describe la conversión de necesidades en estructuras organizadas por el deseo.

La represión primordial como estructura psíquica deficiente

La estructura psíquica, que quedó definida en la sección anterior como el conjunto de coordinaciones estables entre los impulsos internos y las representaciones de la experiencia, sobrelleva cambios a lo largo del crecimiento, en lo que se ha denominado "proceso madurativo" (Lipin, 1963; Winnicott, 1965). La estructura está codeterminada, pues, por la constitución del niño y por las experiencias a que tiene acceso, y tanto aquélla como éstas son de complejidad creciente. La función de la estructura parece ser el mantenimiento de la identidad y la inclusión de los cambios madurativos y de las nuevas experiencias con un acomodamiento flexible (Hartmann, 1939, caps. 2 y 8; Loewald, 1981). Propondremos que es útil y congruente concebir la represión primordial en términos de una estructura deficiente.

Ya hemos visto que, en el desarrollo sano, las huellas mnémicas de la experiencia gratificante con un objeto pasan a representar o simbolizar una necesidad, y en este proceso producen una entidad psíquica, un deseo. La existencia de deseos, y en consecuencia de un comportamiento organizado por deseos, crea la capacidad de cumplir en el mundo externo una actividad planeada y dirigida a objetivos. Investigaciones psicoanalíticas recientes sustentan la noción de que los deseos consisten en representaciones del self y del objeto enlazadas, y de que debe considerárselos las unidades básicas de la estructura psíquica. Kanzer, verbigracia, arribó a esta conclusión en su estudio del sueño: "*Las relaciones objetales [...] son las unidades elementales de la psique, estructural, dinámica y económicamente*" (1955, p. 261); y Jacobson (1964) y Kernberg (1966, 1976) han hecho una elaboración sistemática y minuciosa de esta concepción. El crecimiento de la estructura psíquica refleja la elaboración y transformación de las primerísimas relaciones objetales. En la vida adulta, la estructura psíquica media entre las necesidades y las actividades eficientes basadas en deseos, así como el progenitor medió entre las necesidades del niño y el mundo exterior.

Este modo de definir la estructura psíquica implica que desde el comienzo de la experiencia existe la posibilidad de una falla en la estructuración. Por consiguiente, es de suponer que las mediaciones más tempranas de necesidades serán las más decisivas, como lo prueba el estado que en medicina clínica se conoce como "imposibilidad de crecer" y que Spitz (1945) describió en niños expósitos. En tales casos, la deficiencia ambiental en la mediación de las experiencias es tan precoz y tan grave, que la vida del niño resulta amenazada aun

cuando se le brinde cuidados físicos adecuados. Si esa insuficiente mediación de las necesidades se produce en un estadio posterior —ya sea por un avasallamiento traumático, por falta de cuidados y atención, o por las distorsiones en las percepciones y respuestas de los padres—, el daño es menos global, pero de todos modos altera decididamente la estructura psíquica del individuo y su capacidad para relacionarse con los demás. Esas personas suelen emprender su psicoanálisis al descubrir que tienen ciertas vívidas vivencias que no armonizan con sus percepciones y finalidades generales, e interfieren activamente en su vida cotidiana. Poseen la cualidad de necesidades, y la tarea del analista no es muy distinta de la del progenitor, aunque siga un método diferente: ella consiste en convertir este modo de funcionamiento organizado por la necesidad en deseos representados, dentro de una relación entre self y objeto. Pero desde el comienzo, la vivencia del paciente pulsionada por la necesidad es, según la perspectiva del analista, un deseo de recrear el pasado —pasado que el analista conceptualiza como un recuerdo inconsciente—.

Represión y vivencia inconsciente

Esto nos retrotrae a nuestro interrogante original sobre la represión: ¿en qué sentido es inconsciente el recuerdo y cómo se lo mantiene así? La respuesta parece ser simple: no existe recuerdo.* El paciente se halla en un estado psíquico no estructurado como recuerdo; y a nuestro entender, la manera más útil de describir esta deficiencia estructural es llamarla "represión primordial". El estado que se observa en el análisis se ha perpetuado precisamente porque refleja necesidades no satisfechas, vale decir, impulsos personales que demandaban una mediación adecuada pero no la obtuvieron. El analista debe ante todo superar las resistencias del analizando a la mediación, y favorecer luego que el estado se tramite por mediación y sea representado como vivencia estructurada. Eliminar la represión equivale, pues, a reparar la estructura psíquica.

Al referirnos a la ausencia de recuerdo, no queremos que se entienda que limitamos el recuerdo a la representación verbal del pasado. El recuerdo, como otros componentes de la experiencia anímica, no es ni debe ser restringido a una forma de pensamiento verbal. Freud reconoció esto (cf. *infra*), pero fueron los autores kleinianos quienes lo destacaron particularmente; ellos investigaron la riqueza y complejidad de la vida anímica preverbal del niño, así como su persistencia en la adultez, y describieron las modalidades no verbales de representa-

* Freud escribió: "Y cuando decimos, por ejemplo: 'Aquí ha intervenido un recuerdo inconsciente', esto quiere decir: 'Aquí ha ocurrido algo por completo inaprehensible para nosotros, pero que si nos hubiera llegado a la conciencia sólo podríamos describir así y así'" (1938, p. 197 [A. E. 198]).

ción, comunicación y pensamiento. Bion, por ejemplo, alude a "*cierta clase de pensamiento vinculado con lo que deberíamos llamar 'ideógrafos' y con la visión, más bien que con las palabras y la audición, que existe desde el comienzo*" (1957, p. 268). Klein (1957) ha denominado "recuerdos de sentimiento" a las vivencias preverbales. También Lichtenstein (1964), Lewin (1968) y otros mencionan el temprano *pautamiento* [*patterning*] no verbal de la experiencia. Se han notado, particularmente en niños abandonados o que sufrieron malos tratos, recuerdos inconscientes bajo la forma de reacciones corporales, asociados a la percepción de determinado estímulo característico del progenitor; estos recuerdos inconscientes sirvieron de base a las posteriores reacciones transferenciales (Bergman y Escalona, 1949; James, 1960; Steele, 1977; Thiel y Treurniet, 1976; Viederman, 1979).

Debe subrayarse que la interferencia patológica con la representación de necesidades por vía de una mediación ambiental satisfactoria es independiente de la diferenciación entre lo verbal y lo preverbal, o entre lo verbal y lo no verbal. Cohen (1980) ha argumentado, asimismo, que la distinción entre organización por la necesidad y organización por el deseo, clínicamente oportuna, tal como se refleja en el modo de representarse el paciente distintos empeños suyos, debe considerarse independiente de la distinción teórica entre Yo y Ello, y quizá preferible a ésta. Si estas sugerencias son acertadas, la interferencia patológica con la formación de deseo no debe ser equiparada ni a la ausencia de representaciones verbales ni al concepto de funciones yoicas. Esta es idéntica a una de las últimas puntualizaciones de Freud: "[...] *no sería correcto hacer de la conexión con los restos mnémicos del lenguaje la condición del estado preconsciente*" (1938, p. 162 [160; 3390]), entendiendo por estado preconsciente el organizado por el deseo. Mucho antes, había llegado a esta conclusión: "*Ni con los sistemas [Cc, Prcc, lcc] ni con la represión mantiene la conciencia un vínculo simple*" (1915b, p. 192 [189; 2075]).

No obstante, la convención que liga consciencia con huellas verbales ha persistido, artificial e innecesariamente, constriñendo la teoría de la represión y tornándola inadecuada para abordar las modalidades de representación de las experiencias tempranas. Como consecuencia, los efectos de un deficiente desarrollo inicial de la estructura han exigido proponer nuevos mecanismos y procesos —denegación, desmentida, escisión vertical, identificación proyectiva, distorsión yoica, trastornos de la simbolización, etc.—, todos los cuales están aparentemente desvinculados de la represión.

Ahora bien: es una premisa razonable y económica la que considera que todos los fenómenos de *pautamiento* inconsciente patológico de la experiencia, sea cual fuere el estadio en que se producen y la forma en que se los codifica, son resultantes de la represión primordial.

Vale decir, son la resultante y expresión de una interferencia en la representación sana de la experiencia, organizada por el deseo. Creemos que esto se corresponde con lo que Freud llamó represión primordial. Si nuestra argumentación es válida, se habrá allanado el camino para análisis más prolijos de los nuevos conceptos enumerados, clínicamente valiosos.

Recapitulación

Para sintetizar: El intercambio positivo, afectivo y personalizado que un niño tiene, en el curso de sus actividades cotidianas, con las personas fundamentales que lo cuidan da origen a estructuras psíquicas sanas, organizadas por el deseo. Ellas promueven el mantenimiento de la mismidad (identidad), así como la asimilación flexible de nuevas experiencias y el crecimiento creativo de la estructura. La represión primordial es la consecuencia psíquica de una ruptura de este proceso de desarrollo. En contraste con la represión propiamente dicha (cf. *infra*), que implica el rechazo por la psique de deseos ya formados, la represión primordial debería definirse como la imposibilidad de formar un deseo. Esta imposibilidad de representación es fácil de distinguir psicoanalíticamente, de la condena por el yo de un deseo inaceptable, pero representado (Freud, 1915a, p. 146 [141; 2053]). Esta línea de pensamiento puede remontarse a Ferenczi (1949a, p. 228; 1949b, p. 234), quien sugirió que las tempranas deficiencias ambientales conducen a una escisión patológica entre la actividad psíquica consciente e inconsciente.

Podría afirmarse, pues, que la represión primordial no reprime un deseo sino una capacidad potencial resultante de una oportunidad perdida. La anulación de una represión crea, entonces, la posibilidad de empezar de nuevo, tal como sostuvo Balint en repetidas ocasiones (1932, 1934, 1968). La misma noción fue aprehendida por Winnicott en su descripción de la organización del "self auténtico" como un self potencial, capaz de desarrollarse en respuesta a las oportunidades que el análisis le abre (1960b, 1971).

La represión en la infancia, la niñez y la vida adulta

Una de las consecuencias de la formulación anterior sobre la represión primordial es que ella puede producirse en cualquier etapa de la vida. Por lo tanto, debemos considerar su importancia en el período preverbal temprano, en la fase edípica y en la vida posterior.

Represiones primordiales que acontecen en el estadio preverbal originan una expresión o descarga de sentimientos, estados somáticos y acciones que son inadecuados al contexto. Es una observación co-

mún que los niños muy pequeños que son objeto de malos tratos por sus padres reaccionan ante un acercamiento amistoso con intenso miedo, agazapándose y poniéndose rígidos. Esto no quiere decir que las manifestaciones no verbales durante el análisis sean necesariamente expresión de ese precoz estado preverbal; pero, por definición, toda represión primordial tiene concomitantes no verbales; más aun, en esencia refleja la desconexión entre un estado interno y la organización y representación apropiadas, y por consiguiente su desconexión con el lenguaje.

Cuanto más precoces sean las represiones primordiales, más probable es que tengan amplios efectos sobre el desarrollo posterior, obstruyendo las influencias correctivas. Ello se debe a distorsiones de tipo transferencial de los acontecimientos subsiguientes, y a la consecuente interferencia con las oportunidades de desarrollo. Los efectos del aspecto primordial de la represión continúan manifestándose en el adulto, que funciona regido por la compulsión de repetición o cuya conducta está organizada por la necesidad (Cohen, 1980).

Así pues, la represión primordial puede cumplir dos roles en la fase edípica. Primero, puede haber un efecto de tipo transferencial, por el cual represiones primordiales preedípicas lleven a una distorsión del desarrollo edípico, como en el conocido caso en que las represiones del estadio anal hacen que el niño perciba la sexualidad en términos de descontrol, agresión extrema, suciedad y pérdida. Este aspecto corresponde a la opinión de Freud de que la represión primordial está "presta a recoger", atrayendo hacia lo inconsciente, los impulsos que se activan luego (Freud, 1915a, p. 148 [143; 2054]). Segundo, la represión primordial puede ocurrir por vez primera en la fase edípica como resultado de problemas específicos de ella.

A veces se piensa que las represiones del estadio edípico surgen, no de traumas o privaciones significativos, sino más o menos espontáneamente, en respuesta a fantasías autóctonas estimuladas por sucesos ordinarios, como el ver los genitales femeninos o el percatarse del coito entre los padres. Por patógenos que sean potencialmente esos sucesos, sus consecuencias y las experiencias efectivas dependen del contexto en que se produzcan. Este contexto comprende la actual estructura psíquica del niño, la relación que mantiene con sus progenitores y la capacidad de éstos para apreciar la situación objetiva y, de ser necesario, ayudar al niño a comprender y asimilar tales sucesos. La separación artificial de la vida de fantasía del niño, como factor etiológico de la neurosis, del contexto en que surge y es abordada esa vida resulta desconcertante. Puede entenderse en parte por la necesidad de los analistas de conservar un *ethos* terapéutico de responsabilidad personal, y el temor de que la apreciación de los factores ambientales podría comprometerlo (Friedman, 1980; Stein, 1979).

El modelo adoptado en este artículo sostiene que un desarrollo edípico sano, o sea, el adecuado manejo de los impulsos incestuosos, celosos y asesinos, no debe concebirse simplemente como el abandono de dichos impulsos por el individuo, sino que depende de un contexto de experiencias cognitivas, afectivas y sociales progresivas. Tales experiencias habilitan al niño para obtener placer y desarrollar su capacidad a partir del juego sexual y agresivo, físico y psíquico. En un contexto tal, si bien puede haber impulsos incestuosos en el niño y malentendidos en cuanto a la sexualidad, provocadores de pesar y de conflicto, ellos no quedarían fijados como núcleos de conflicto patológico ni serían traumáticos. Dentro de esta manera de pensar, la inferencia en el análisis, de que los deseos de incesto y parricidio están establecidos en el sistema inconsciente, se interpretaría como un reflejo de la organización de la experiencia causado por una deficiencia en el necesario contexto infantil. Balint (1969) describe con detalle cómo puede volverse traumática una interacción parento-filial. Ya Kardiner (1945, p. 374), Kohut (1977, pp. 246-248) y Loewald habían sugerido antes que el complejo de Edipo y su represión son consecuencia, y no causa, del desarrollo neurótico. Puede plantearse esta cuestión en términos de causa necesaria por oposición a causa suficiente. Las mociones sexuales y agresivas en la tríada formada por el niño y sus padres son universales, como lo es la capacidad de fantasear acerca de las diferencias sexuales, el coito y las relaciones parento-filiales. Estas experiencias edípicas son condición necesaria, pero no suficiente, de la represión en la fase edípica. A idéntica conclusión arribaron los analistas que observaron a niños que atravesaban efectivamente dicha fase (Anthony, 1970).

Como al proseguir la vida el desarrollo continúa, es previsible que frente a deficiencias ambientales suficientemente graves los adultos muestren una permanente vulnerabilidad a la represión primordial y la neurosis consecuente. Esta opinión contrasta con la mantenida por Freud y la mayoría de los autores analíticos, según los cuales transcurrido el período edípico no sobreviene ninguna nueva represión primordial. Un adulto no depende de una sola persona o de unas pocas, pero sí depende, y mucho, de su contexto físico y social. De ahí que debemos referirnos a la bibliografía sobre las desorganizaciones masivas identificables de este contexto. Las observaciones sobre la respuesta humana frente a catástrofes naturales y provocadas por el hombre, como terremotos, inundaciones, guerras, campos de concentración, bombardeos atómicos, toma de rehenes, vienen en apoyo de nuestra predicción. Hay una entidad psicopatológica bien definida, la neurosis traumática, que se caracteriza por esta tríada: amnesia, angustia masiva y sueños traumáticos. Esta afección les sobreviene a

individuos sanos y estables y no guarda correlación con una psicopatología preexistente. Por ejemplo, Swank (1949) comprobó que cualquier soldado queda incapacitado cuando un 75 %, aproximadamente, de sus compañeros han sido muertos. Si esta afección sigue su curso natural sin recibir adecuado tratamiento, se consolida en una psiconeurosis típica (Kinston y Rosser, 1974; Horowitz, 1976).

En el curso de un psicoanálisis completo tendría que ser posible determinar en qué estadio o estadios de la vida ocurrieron las represiones primordiales, el grado del trauma o de la interferencia con la organización psíquica en desarrollo, y los efectos contemporáneos y posteriores específicos sobre la memoria, las representaciones de las pulsiones, las representaciones de objeto, etcétera.

La represión propiamente dicha

Una vez aclarado que la represión primordial puede producirse en cualquier etapa de la vida, debemos considerar ahora una de sus consecuencias más importantes, la represión propiamente dicha. El niño enfrenta un estado traumático en que sus necesidades no son adecuadamente mediadas: alguien en quien confía ha entablado con él una interacción emocional excitante, atemorizadora o dolorosa, deformando o negando, al mismo tiempo, la realidad y significación de esos sucesos. Se genera una interferencia en la representación psíquica apropiada, y prevalece un estado de terror y confusión. El niño hace frente a este trauma de diversas maneras, entre las cuales se encuentran la regresión, la enfermedad, la desconexión y el conformismo a fin de mantener la identidad y una estructura psíquica cohesionada. Sin embargo, subsisten sus necesidades insatisfechas y sus representaciones deficientes, y en tanto el niño se desarrolla y la ocasión precipitante queda atrás, queda una falla en su estructura psíquica: la represión primordial.

Si no hay influencias correctivas, esta falla acarrea importantes consecuencias. En primer lugar, por un proceso de generalización del estímulo, la psique queda sensibilizada frente a todo lo que se asemeje a la ocasión precipitante, y el sujeto evita en forma activa percibir tales estímulos o toparse con ellos. Si la evitación fracasa, experimenta terror y padece una desorganización psíquica. La modalidad primaria de adaptación es la evitación completa de la realidad interior y exterior, y puede convertirse en la única modalidad si los traumas son lo suficientemente graves y repetidos como para poner en peligro la existencia psíquica.

Si el trauma se autolimita o sólo afecta a una parte de la vida psíquica, surge una segunda modalidad de adaptación psíquica, y por

este proceso queda constituida la represión propiamente dicha. El terror al ambiente, que el individuo sufrió impotente en el estado traumático, se liga con representaciones de impulsos internos, en particular los que operaron durante el trauma y que pasan a representarlo simbólicamente. Esto interioriza el terror y permite que se instaure un sentimiento de dominio de tales impulsos, a través de su manipulación activa en el pensamiento o la fantasía. En cierto sentido, esa manipulación es mágica. Las numerosas variedades de manipulación psíquica, más o menos mágicas, han sido descritas como mecanismos de defensa (A. Freud, 1968). En el mecanismo que el niño escoge influyen mucho los mecanismos aceptados por su familia o a los que ésta apela regularmente. El precio de la represión propiamente dicha es una pérdida de flexibilidad y de espontaneidad psíquica, junto con persistentes sentimientos de angustia y de culpa, aunque puede preservarse, en lo sustancial, el contacto con la realidad.

Esta formulación de la represión propiamente dicha como la tentativa de la psique de adaptarse a la represión primordial se corresponde con la idea freudiana de que una vez que la maduración pone a disposición del individuo el mecanismo de la represión propiamente dicha, ésta y la represión primordial operan sinérgicamente para mantener el estado inconsciente.

Sugerencia para una categorización clínica

La noción de que la represión primordial acontece en diferentes puntos del desarrollo con variadas consecuencias, sugiere una categorización psicoanalítica del funcionamiento psíquico que puede constituir un útil complemento de los diagnósticos basados en los síntomas y aclarar aspectos del proceso de curación.

Tipo 1: En un desarrollo sano no hay represión, en el sentido psicoanalítico del término, sino sólo un grado mayor o menor de olvido. En cada uno de los estadios del desarrollo psicosocial, las experiencias que vive el niño son apropiadas para establecer las bases de retoños pulsionales adecuadamente complejos. Si se concibe la pulsión [*drive*] como un correlato psicológico de una fuerza biológica continua, podría decirse que la pulsión es trasladada de un estadio al siguiente con un aumento de la complejidad de su organización y modo de descarga, acorde con representaciones del self y el objeto cada vez más complejas y diferenciadas. No es menester postular como motivaciones conflictos o endicamientos. La razón del olvido de los retoños pulsionales de un estadio anterior de organización no es el conflicto sino la pérdida de significado, como sostuvo Winnicott (1971, p. 6). Análogamente, Schlesinger (1970) describió a la represión como un olvido menoscabado. En el desarrollo sano, la organización de un estadio anterior

cumplió su propósito y el niño ha pasado a formar nuevas estructuras psíquicas; no es preciso perpetuar ese estadio anterior, salvo tal como es representado en la memoria. De esta manera, el pasado queda disponible preconsciousmente para la rememoración o la regresión al servicio del Yo.

Cuando estos individuos vienen al análisis, como a veces ocurre, el psicoanalista advierte que la regresión está muy facilitada y que la interpretación de las vivencias tal como se presentan en los sueños, las imágenes visuales, los afectos, gestos y ademanes, y las acciones en general, avanza sin mayores bloqueos. No hay, propiamente hablando, neurosis de transferencia. Se recobran o reconstruyen sucesos desagradables de la infancia que afectaron la vida psíquica del analizando y le dieron una conformación más o menos patógena (Anna Freud, 1967), pero ellos no le permiten inferir al analista la existencia de un trauma. En estos casos, la interpretación dentro del contexto analítico suele bastar para la resolución de los conflictos y el crecimiento psíquico. El paciente es capaz de aprovechar su vida cotidiana para extraer de ella las nuevas experiencias indispensables a fin de construir representaciones que le permitan una ulterior conducta en el mundo organizada por el deseo.

Tipo 2: El segundo tipo de funcionamiento psíquico corresponde a las neurosis. El rasgo característico de la pauta de desarrollo es una deficiencia aislada o limitada. Puede ser el resultado de una separación inevitable, de una temporal falta de cuidados a causa de una enfermedad materna, de que los padres no han sido capaces de enfrentar una fase específica de la maduración (p. ej., la del control de esfínteres), o de una dificultad permanente que sólo afecta un aspecto limitado del funcionamiento del niño, como la sexualidad. En virtud del carácter aislado de estas deficiencias, el niño puede reparar el daño de tales represiones primordiales mediante la formación subsiguiente de defensas psíquicas que impiden la reaparición del estado traumático no representado. También en adultos, la neurosis traumática posterior a una catástrofe suele ir seguida de una aparente recuperación merced a la creación de defensas, y a largo plazo el resultado es una psiconeurosis típica, cuyas características sólo se tornan accesibles a la develación analítica (Kardiner, 1941).

Cuando estos pacientes acuden al análisis, el psicoanalista tiene dificultades para posibilitar la regresión y se ve frente a una (o más) neurosis de transferencia. Estas operan como poderosas resistencias contra la revivencia de cierto estado traumático específico, caracterizado por terror intenso, desvalimiento y dolor.

Por consiguiente, durante el proceso de reelaboración el analista se ve obligado a mediar además de interpretar. El componente verbal de la interpretación es decisivo para abordar la represión propiamente

dicha, ya que se dirige a las defensas y conflictos que protegen al paciente contra el estado traumático. La mediación es indispensable para posibilitar la representación de las necesidades y el crecimiento de las estructuras psíquicas. Esta mediación no es un parámetro sino una parte intrínseca de la relación analítica, que se torna prominente en el manejo de tales pacientes. Ha recibido diversas denominaciones: sustentación o "*holding*" (Winnicott, 1965), contención (Bion, 1962b), funcionamiento como sustancia primaria (Balint, 1968), como objeto objeto que satisface necesidades (A. Freud, 1965).

primario (Fleming, 1978), como objeto del self (Kohut, 1977) o como *Tipo 3*: El tercer tipo de funcionamiento psíquico corresponde a un amplio grupo de afecciones más severas, en cuya pauta de desarrollo el rasgo esencial es un trauma acumulativo o suficientemente repetido desde la infancia (Khan, 1963), y por ende represiones primordiales continuas. Dentro de este esquema, el niño no tiene oportunidad de reparar el daño por medio de un sistema confiable de defensas psíquicas. No ha hecho una interiorización progresiva y confiable, y en consecuencia no conecta congruentemente su terror con sus propios impulsos, como lo hace el neurótico del Tipo 2. Como resultado de ello, queda vulnerable al terror ocasionado por el medio. Maneja esto formando estructuras de tipo larval que también recibieron distintas denominaciones: personalidad esquizoide (Fairbairn, 1952), falso self (Winnicott, 1960b), organización narcisista (Meltzer, 1973), organización narcisista de la personalidad (Kohut, 1971) o narcisismo patológico de objeto (Kinston, 1980, 1982).

Dentro de este amplio grupo, las subcategorías diagnósticas reflejan el grado agudo o crónico y las diferencias de modo, magnitud y congruencia con que se ha producido la interiorización, así como la resistencia de las defensas neuróticas al colapso en situaciones de tensión. Por ejemplo, los estados esquizofrénicos agudos y las reacciones traumáticas severas representan estados de terror con un grado mínimo de interiorización. La patología fronteriza [*borderline*] designa afecciones en que el individuo ha establecido un sistema permanente de defensas frágiles y excesivamente mágicas de tipo neurótico. El trastorno narcisista de la personalidad es una organización defensiva crónica y estable, por la cual el control y evitación de la relación interpersonal protege al individuo contra una angustia extrema.

Cuando estos pacientes acuden al análisis, el psicoanalista aprecia que, en realidad, no parecen entablar una relación con él. La regresión puede ser masiva o estar bloqueada aparentemente por completo, y la descompensación social o la súbita desorganización psíquica suelen captarse como una amenaza a un tratamiento metódico. El analista tiene atisbos del caos interno del paciente y de su terror a toda relación interpersonal.

La tarea primordial del analista consiste en encontrar maneras de coexistir con el paciente para permitir que éste entable una relación genuina. La capacidad interpretativa es esencial, pero, aun si se cuenta con ella, hay muchas polémicas acerca de la naturaleza de la mediación. Es evidente que diferentes terapeutas adoptan otros tantos enfoques: Klein y sus continuadores parecen recurrir a un complejo sistema de ideas congruentes (Rosenfeld, 1966; Segal, 1973; Kernberg, 1975, 1976); Kohut (1971) pone el acento en la aceptación, por parte del analista, de las transferencias especulares e idealizadoras; Kernberg (1975, cap. 3) aprecia la utilidad de estructuras ambientales como el hospital, el centro de atención diurna, el hogar adoptivo, etc.; Bettelheim (1950), Sechehaye (1951) y Fromm-Reichmann (1950) abogan por la gratificación simbólica de necesidades dentro de un medio estructurado, como procedimiento fundamental; Searles (1965) demuestra que el mero "poder de permanencia" junto al paciente es un factor principalísimo, y como Giovacchini (1972, 1975), llama nuestra atención hacia el uso matizado de la experiencia contratransferencial.

Conclusiones

El propósito de esta revisión ha sido elucidar una de las ideas más antiguas y fundamentales de Freud, y asimilarla a las modernas teorías de las relaciones objetales. Al hacerlo hemos adherido a las persistentes nociones freudianas sobre la represión primordial como estado que tiene sus raíces en el trauma, y sobre la represión propiamente dicha como un proceso que se desarrolla a partir de la represión primordial y se basa en la angustia-señal (1926, pág. 94 [90; 2838]; 1937, p. 238 [240; 3354]; 1939, pp. 200-201 [202; 3414]). Como raíz de la teoría revisada de la represión se ha postulado la noción de estructura psíquica formada por la representación e interferida por el trauma.

La estructura psíquica depende, para su formación y transformación, de las interacciones entre las personas y su ambiente. En las teorizaciones psicoanalíticas modernas el ambiente es siempre incluido intrapsíquicamente, por lo común conceptualizándolo como representaciones de objeto. Hasta ahora, esas teorizaciones no abordaron el problema de la represión. Los escritos actuales que siguen la tradición clásica suelen correr paralelos a la perspectiva del neurótico, viendo en apariencia sólo las mociones pulsionales, y cegándose a la significación intrapsíquica de su contexto. La conservación inapropiada de los conceptos y modelos energéticos parecería ser, en parte, la causante de esto.

Al considerar la influencia del contexto, se ha vuelto imperativo establecer una neta distinción entre el funcionamiento psíquico orga-

nizado por la necesidad y la relación de objeto basada en el deseo, que hemos descrito en detalle en trabajos anteriores (Cohen, 1980; Kinston, 1982) y desarrollamos mejor aquí. No obstante, queda en pie la interesante cuestión de la naturaleza de las necesidades y de su registro, tema que examinaremos en un trabajo posterior.

(Traducción de Leandro Wolfson)

Resumen

Desde hace mucho tiempo existen hipótesis contradictorias y antagónicas en dos ámbitos claves de la actual teoría de la represión. En primer lugar, no ha quedado claro cuál es la mejor descripción de estado inconsciente. En segundo lugar, hay confusión respecto de la significación de la represión primordial, su mecanismo y su relación con la represión propiamente dicha. Este artículo tiene como propósito revisar la teoría de la represión; en esta tentativa, nuestros principios rectores han sido los siguientes: a] la necesidad de resolver incompatibilidades teóricas de antigua data; b] la necesidad de obtener una mayor congruencia con recientes desarrollos teóricos basados en nuevos problemas clínicos, y c] el deseo de contribuir a la comprensión de los pacientes por parte de los analistas.

Las formulaciones teóricas que se apoyan en el concepto de investidura son demasiado metafóricas, incongruentes y remotas con respecto a los datos de la observación clínica como para que su elaboración sea útil. Nuestra revisión de la teoría de la represión se funda en una de las vetas del pensamiento de Freud: aquella según la cual la psique está estructurada por representaciones que proceden de necesidades mediadas por experiencias gratificantes. Estas ideas son desarrolladas y aplicadas al problema de la represión a partir de los trabajos teóricos previos de los autores sobre las tempranas relaciones objetales y la conceptualización del trauma psíquico. La represión primordial se concibe como una deficiencia estructural debida al fracaso de la mediación del ambiente, y se la asocia clínicamente a la persistencia del estado traumático. En ausencia de experiencias correctivas, lo típico es que a la represión primordial le sigan tentativas más o menos exitosas de desarrollar la represión propiamente dicha. Esta se caracteriza por la interiorización, y da por resultado el control y manipulación de los procesos psíquicos internos que ocupan, simbólicamente, el lugar del fracaso ambiental. Como consecuencia, el terror al ambiente se convierte en angustia (incluida la culpa) y los procesos psíquicos se tornan rígidos. En la medida en que no se desarrolla la represión propiamente dicha, el individuo sigue aterrorizado frente al ambiente, se adapta psíquicamente mediante la evitación física y mental de la realidad interna y externa, y hace frente a las cuestiones prácticas creando una estructura de tipo larval.

La teoría revisada conduce a una nueva clasificación general de los analizandos, que incluye dos grupos comúnmente considerados como excepcionales: los individuos sanos y los que padecen neurosis traumáticas. Ella aclara, asimismo, que hay dos componentes terapéuticos fundamentales del método interpretativo psicoanalítico: la resolución de los conflictos intrapsíquicos y la facilitación de la maduración emocional.

Résumé

LE REFOULEMENT, VU À LA LUMIÈRE DE LA THÉORIE
DES RELATIONS D'OBJET

Depuis très longtemps, il existe des hypothèses contradictoires et antagoniques sur deux points essentiels de la théorie du refoulement admise actuellement. En premier lieu, il n'y a pas une notion absolument claire concernant la description adéquate de l'état d'inconscience. D'autre part, il existe une grande confusion à l'égard de la signification du refoulement originaire (*primal repression*), de son mécanisme et de sa relation avec le refoulement proprement dit. Ce travail est réalisé dans le but de mettre en question la théorie du refoulement. Les principes qui ont réglé notre travail sont: a] le besoin de résoudre certaines contradictions théoriques de vieille date; b] le besoin d'obtenir un accord plus précis avec les développements théoriques plus récents centrés sur de nouveaux problèmes cliniques, et c] le désir de contribuer à une compréhension plus forte des patients de la part des analystes.

Les formulations théoriques fondées sur la notion d'investissement sont trop métaphoriques, inconséquentes et trop éloignées des faits cliniques, pour permettre une élaboration ayant une certaine efficacité. Notre révision de la théorie du refoulement est fondée sur une des souches de la pensée freudienne, selon laquelle le psychique est structuré par des représentations provenant de besoins médiatisés par des expériences gratifiantes. Ces idées sont développées et appliquées à la question du refoulement à partir des premiers travaux des auteurs sur les relations d'objet précoces et la conceptualisation du traumatisme psychique. De fait, le refoulement originaire (*primal repression*) est considéré comme étant le résultat d'une faille structurale produite par l'échec de la médiation de l'entourage et associée cliniquement à la persistance de l'état traumatique. Le manque d'expériences correctives permet qu'après le refoulement originaire, se succèdent quelques tentatives, plus ou moins heureuses, de développer le refoulement proprement dit; celui-ci se caractérisant par l'intériorisation, il rend possible le contrôle et la manipulation des processus psychiques internes qui vont occuper symboliquement la place laissée par l'échec de l'entourage. En conséquence, la peur à l'entourage va devenir angoisse (où l'on y trouve aussi de la culpabilité) et les processus psychiques deviennent fort rigides. Au fur et à mesure que le refoulement à proprement parler n'arrive pas à être développé le sujet continuera à ressentir la peur à l'entourage et il va s'adapter psychiquement à travers l'évitement psychique et mental de la réalité interne et externe, et il fera donc face aux questions pratiques produisant une structure larvée.

La théorie ainsi transformée nous amène à une nouvelle classification générale des analysants, où l'on va insérer des groupes habituellement considérés comme des exceptions: les individus qui n'ont aucune maladie et les névrosés traumatiques. Elle postule aussi qu'il existe deux composants thérapeutiques essentiels à la méthode psychanalytique: d'abord, permettre la résolution des conflits intrapsychiques et également aider à la maturation émotionnelle.

Summary

REPRESSION IN THE LIGHT OF OBJECT-RELATIONS THEORY

Competing and contradictory hypotheses have long existed in two key areas of the current theory of repression. First, it has been unclear how the unconscious state should best be described. Second, confusion exists as to the significance of primal repression, its mechanism, and its relation to repression proper. The purpose of this paper is to revise the theory of repression. The guiding principles in our attempt have been a] the need to resolve long-standing theoretical inconsistencies; b] the need to increase congruence with recent theoretical developments based on new clinical problems; and c] the desire to contribute to analysts' understanding of patients.

Theoretical formulations which rely on the concept of cathexis are too metaphoric, too distant from, and too inconsistent with the data of clinical observation to be usefully elaborated. Our revision of repression theory is based on that strand of Freud's thinking according to which the mind is structured by representations which stem from needs mediated through satisfying experiences. These ideas are developed and applied to the problem of repression using the authors' previous theoretical work on early object relations and the conceptualisation of psychic trauma. Primal repression is seen as a defect in structure due to a failure of environmental mediation; and is associated clinically with persistence of a traumatic state. In the absence of corrective experiences, primal repression is typically followed by more or less successful attempts to develop repression proper. Repression proper is characterised by internalisation and results in control and manipulation of internal mental processes which have come to stand symbolically for the environmental failure. As a consequence, terror of the environment is converted to anxiety (including guilt) and mental processes become rigidified. To the extent that repression proper does not develop the individual remains in terror of the environment, adapts psychically by the physical and mental avoidance of inner and outer reality, and copes practically by forming a cocoon-like structure.

The revised theory leads to a new general classification of analysands which includes two groups usually treated as exceptions: healthy individuals and those suffering from traumatic neuroses. It also clarifies the need for the two major therapeutic components of the psychoanalytic interpretive method, resolving intrapsychic conflicts and facilitating emotional maturation.

Bibliografía

- Alexander, F. (1946), "The principle of corrective emotional experience". En *Psychoanalytic Therapy*, Ronald Press, Nueva York, pp. 66-70. ["El principio de la experiencia emocional correctiva". En *Terapéutica psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1956.]
- Anthony, E. (1970), "The reactions of parents to the oedipal child." En Anthony, E. y Benedek, T. (comps.), *Parenthood*, Little, Brown, Boston. ["Las reacciones de los progenitores ante el hijo edípico". En *Parentalidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1983.]
- Balint, M. (1932), "Character analysis and new beginning". En *Primary Love and Psychoanalytic Techniques*, Hogarth, Londres, 1952.
- (1934), "The final goal of psychoanalytical treatment". En *Primary Love and Psychoanalytic Technique*, Hogarth, Londres, 1952.

- (1936), "The final goal in psychoanalytic treatment", *IJPA* [International Journal of Psycho-Analysis], 17, 206-216.
- (1968), *The Basic Fault: Therapeutic Aspects of Regression*, Tavistock, Londres. [*La falta básica*, Paidós, Buenos Aires, 1982.]
- (1969), "Trauma and object relationships", *IJPA*, 50: 429-435.
- Bergman, P. y Escalona, S. (1949), "Unusual sensitivities of very young children", *Psychoanal. Study Child*, 3/4.
- Bettelheim, B. (1953), *Love is Not Enough*, Free Press, Glencoe.
- Bion, W. (1957), "Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities", *IJPA*, 38: 266-275.
- (1962a), "The psycho-analytic study of thinking. II. A theory of thinking", *IJPA*, 43: 306-310. [Rev. de psicoanálisis, XXII, 1-2, 1965.]
- (1962b), *Learning from Experience*, Heinemann, Londres. [*Aprendiendo de la experiencia*, Paidós, Buenos Aires, 1966.]
- Brenner, C. (1957), "The nature and development of the concept of repression in Freud's writings", *Psychoanal. Study Child*, 12:19-46.
- Cohen, J. (1980), "Structural consequences of psychic trauma: A new look at *Beyond the Pleasure Principle*", *IJPA*, 61: 421-432.
- Fairbairn, W. (1952), *Psychoanalytic Studies of the Personality*, Routledge and Kegan, Paul, Londres. [*Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Paidós, Buenos Aires.]
- Fenichel, O. (1946), *The Psychoanalytic Theory of the Neuroses*, Routledge & Kegan Paul, Londres. [*Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Nova-APA, 1957.]
- Ferenczi, S. (1949a), "Confusion of tongues between the adult and the child", *IJPA*, 30: 225-230.
- (1949b), "Notes and fragments (1930-1932)", *IJPA*, 30: 231-242.
- y Rank, O. (1925), *The Development of Psychoanalysis* (Nervous and Mental Disease Monograph Series N° 40), Nervous and Mental Disease Publishing, Nueva York.
- Fleming, J. (1978), "Early object deprivation and transference phenomena: pre-oedipal object need". Trabajo presentado en la New Orleans Psychoanalytic Society, en mayo de 1978.
- Frank, A. y Muslin, H. (1967), "The development of Freud's concept of primal repression", *Psychoanal. Study Child*, 22: 55-76.
- Freud, A. (1966), *Normality and Pathology in Childhood*, Hogarth, Londres. [*Normalidad y patología en la niñez*, Paidós, Buenos Aires, 1975.]
- (1967), "Comments on trauma". En Furst, S. (comp.), *Psychic Trauma*, Basic Books, Nueva York.
- (1968), *The Ego and the Mechanisms of Defence*, Hogarth, Londres. [*El Yo y los mecanismos de defensa*, Paidós, Buenos Aires, 1950.]
- Freud, S. (1887-1902) [1950a], *The Origins of Psycho-Analysis*, Imago, Londres, 1954. [A.E., I; B.N. (1978), III.]
- (1900) The interpretation of dreams, S.E. 4-5. [N. de R.: El lector puede consultar las versiones castellanas de A.E. y B.N. Damos la referencia de B.N., pues los tomos de A.E. coinciden con los de S.E.] B. N. I.
- (1913) On beginning the treatment, S.E., 12. [B.N., II.]
- (1914) On the history of the psychoanalytic movement, S.E. 14. [B.N., II.]
- (1915a) Repression, S.E. 14. [B.N., II.]
- (1915b) The unconscious, S.E. 14. [B.N., II.]
- (1920) Beyond the pleasure principle, S.E. 18. [B.N., III.]
- (1926) Inhibitions, symptoms and anxiety, S.E. 20. [B.N., III.]
- (1937) Analysis terminable and interminable, S.E. 23. [B.N., III.]
- (1938) [1940a] An outline of psychoanalysis, S.E. 23. [B.N., III.]

- (1939) Moses and monotheism, S. E. 23. [B. N., III.]
- Friedman, L. (1977a), "A view of the background of Freudian theory", *Psychoanal. Q.* [Psychoanalytic Quarterly], 46, 425-465.
- (1977b), "Reasons for the Freudian revolution", *Psychoanal. Q.*, 46, 623-649.
- (1930), "Kohut: a A book review essay", *Psychoanal. Q.*, 49, 393-422.
- Fromm-Reichmann, F. (1950), *Principles of Intensive Psychotherapy*, University of Chicago Press [*Principios de psicoterapia Intensiva*, Hormé, Buenos Aires. 1958.]
- Gedo, J. (1979), *Beyond Interpretation*, IUP (International Universities Press), Nueva York.
- y Goldberg, A. (1973), *Models of the Mind*, University of Chicago Press, Chicago. [*Modelos de la mente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.]
- Giovacchini, P. L. (Ed.) (1972), *Tactics and Techniques in Psychoanalytic Therapy*, Hogarth e Institute of Psychoanalysis, Londres.
- (1975), *Psychoanalysis of Character Disorders*, Jason Aronson, Nueva York.
- Hartmann, H. (1939), *Ego Psychology and the Problem of Adaptation*, I.U.P., Nueva York, 1958. [*Ensayos sobre la psicología del Yo*, FCE, México, 1969.]
- Horowitz, M. (1976), *Stress Response Syndromes*, Jason Aronson, Nueva York.
- Jacobson, E. (1964), *The Self and the Object World*, IUP, Nueva York.
- James, M. (1960), "Premature ego development. Some observations on disturbances in the first three months of life." *IJPA*, 41, 288-298.
- Kanzer, M. (1955), "The communicative function of the dream", *IJPA*, 36, 260-266.
- Kardiner, A. (1941), *The Traumatic Neuroses of War*, Hoeber, Nueva York.
- (1945), *The Psychological Frontiers of Society*, Columbia University Press, Nueva York y Londres.
- Kernberg, O. (1966), "Structural derivatives of object relationships", *IJPA*, 47, 236-253.
- (1975), *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Jason Aronson, Nueva York. [*Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, Paidós, Buenos Aires, 1979.]
- (1976), *Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*, Jason Aronson, Nueva York. [*La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*, Paidós, Buenos Aires, 1979.]
- Khan, M. M. R. (1963), "The concept of cumulative trauma", *Psychoanal. Study Child*, 18: 286-306.
- Kinston, W. (1980), "A theoretical and technical approach to narcissistic disturbance", *IJPA*, 61, 383-394.
- (1982), "An intrapsychic developmental schema for narcissistic disturbance", *IRPA* [International Review of Psycho-Analysis], 9, 253-261.
- y Rosser, R. (1974), "Disaster: Effects on mental and physical state", *J. Psychosom. Res.* 18: 437-456.
- Klein, M. (1946), "Notes on some schizoid mechanisms". En *Developments in Psychoanalysis*, J. Riviere (Ed.), Hogarth, Londres, 1952. [En *Obras completas de M. Klein*, Paidós, Buenos Aires.]
- (1948), "On the theory of anxiety and guilt". En *Developments In Psychoanalysis*, en edición citada. [En *Obras completas de M. Klein*, edición citada.]
- (1957) *Envy and Gratitude*, Tavistock, Londres. [En *Obras completas de M. Klein*, edición citada.]
- Kohut, H. (1971), *The Analysis of the Self*, I.U.P., Nueva York. [*Análisis del self*, Amorrortu, Buenos Aires.]
- (1977), *The Restoration of the Self*, I.U.P., Nueva York. [*La restauración del sí mismo*, Paidós, Buenos Aires.]
- Kris, E. (1951), "Some comments and observations on early autoerotic activities", *Psychoanal. Study Child*, 6: 95-116.

- Kuble, L. (1953), "The distortion of the symbolic process in neurosis and psychosis", *JAPA* [Journal of American Psychoanalytical Association], 1, 59-86.
- (1958), *Neurotic Distortion of the Creative Process*, University of Kansas Press, Lawrence. [*El proceso creativo*, Pax, México.]
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1967), *The Language of Psychoanalysis*, Hogarth Press e Institute of Psychoanalysis, Londres, 1973. [*Diccionario de psicoanálisis*, Labor, Barcelona, 1971.]
- Laplanche, J. y Leclair, S. (1961), "L'inconscient", *Les Temps Modernes*, N° 183, c. II.
- Lewin, B. (1968), *The Image and the Past*, I.U.P., Nueva York.
- Lichtenstein, H. (1961), "Identity and sexuality: A study of their inter-relationship in man", *JAPA*, 9, 179-260.
- Lichtenstein, H. (1964), "The role of narcissism in the emergence and maintenance of a primary identity", *IJPA*, 45, 49-56.
- Lipin, T. (1963), "The repetition compulsion and 'maturational' drive-representatives", *IJPA*, 44, 359-406.
- Loewald, H. (1972), "Freud's conception of the negative therapeutic reaction, with comments on instinct theory". *JAPA*, 20, 235-245.
- (1979), "The waning of the Oedipus complex", *JAPA*, 27: 751-775.
- (1981), "Regression: Some general considerations", *Psychoanal. Q.*, 50: 22-43.
- Madison, P. (1956). "Freud's repression concept: A survey and attempted classification". *IJPA*, 37, 75-81.
- (1961), *Freud's Concepts of Repression and Defense, Its Theoretical and Observational Language*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Marmor, J. (1962), "Psychoanalytic therapy as an educational process", en *Psychiatry in Transition*, Brummer Mazel, Nueva York, 1974.
- (1968), "New directions in psychoanalytic theory and therapy", en *Psychiatry in Transition*, edición citada.
- Meltzer, D. (1973), *Sexual States of Mind*, Clunie Press, Perthshire. [*Los estados sexuales de la mente*, Kargieman, Buenos Aires, 1974.]
- Nagera, H. (Ed.) (1969-70), *Basic Psychoanalytic Concept*. Vols. I-IV. George Allen y Unwin, Londres.
- Rosenfeld, H. (1966), *Psychotic States*, I.U.P., Nueva York. [*Estados psicóticos*, Hormé, Buenos Aires.]
- Schlesinger, H. (1970), "The place of forgetting in memory functioning", *JAPA*, 18: 358-371.
- Schur, M. y Ritvo, L. (1970), "The implications of evolutionary biology for psychoanalysis", *JAPA*, 18: 422-439.
- Searles, H. (1965), *Collected Papers on Schizophrenia and Related Subjects*, I.U.P., Nueva York.
- Sechehaye, M. A. (1951), *Symbolic Realisation*, I.U.P., Nueva York. [*La realización simbólica*, FCE, México, 1958.]
- Segal, H. (1973), *Introduction to the Work of Melanie Klein*, Hogarth Press e Institute of Psychoanalysis, Londres. [*Introducción a la obra de Melanie Klein*, Paidós, Buenos Aires.]
- Spitz, R. (1945), "Hospitalism: An inquiry into the genesis of psychiatric conditions in early childhood", *Psychoanal. Study Child*, 1.
- Steele, B. (1977), "Psychoanalytic observations on attachment and development of abused children". Trabajo presentado en el Annual Meeting de la American Psychoanalytic Association, Quebec City, el 30 de abril de 1977.
- Stein, M. (1979), "Book review: Kohut's *Restoration of the Self*", *JAPA*, 27, 665-680.
- Swank, R. (1949), "Combat exhaustion", *J. Nerv. Ment. Dis.*, 109: 475-480.

- Thiel, J. y Treurniet, N. (coordinadores) (1976), Panel sobre "The implications of recent advances in the knowledge of child development for the treatment of adults", *IJPA*, 57, 429-439.
- Viederman, M. (coordinador) (1979), Panel sobre "Monica: A 25-years longitudinal study of the consequences of trauma in infancy", *JAPA*, 27, 107-126.
- Winnicott, D. (1960a), "The theory of the parent-infant relationship", *IJPA*, 41, 585-595. [Y en *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Hogarth, Londres. En castellano: *El proceso de maduración en el niño*, Laia, Barcelona, 1975.]
- (1960b), "Ego distortion in terms of true and false self". En *The Maturation Processes...*, edición citada. [*El proceso de maduración en el niño*, edición citada.]
- (1965), *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, edición citada.
- (1971), *Playing and Reality*, Tavistock, Londres. [*Juego y realidad*, Granica, Buenos Aires.]